

Delincuentes coloniales ¹

Al momento en que se instaura la Primera Junta de Gobierno, en 1810. la actual Plaza de Mayo era una suerte de paseo que sumaba la Plazoleta de la Fortaleza, (porque en uno de sus extremos, donde hoy se levanta la Casa Rosada, estaba el Fuerte o Fortaleza) y la Plaza de la Victoria, que daba al edificio del Cabildo. En el medio estaba la Recova, “una doble fila de cuartos, casi en su totalidad de tiendas de ropa hecha, generalmente de lo más ordinario”, según la describe José Antonio Wilde en *Buenos Aires desde 70 años atrás*, escrito en 1880.

No tardó mucho en convertirse en el centro de la mayoría de las expresiones políticas del país, desde aquel día en que el pueblo reclamó saber de qué se trataba el destino de la Nación. Por muchos años, sin embargo, en la Plazoleta de la Fortaleza tuvieron lugar las ejecuciones de los criminales o de los sentenciados por causas políticas. “Allí, inmediatos al foso -anota Wilde- se colocaban los banquillos” para que el público presenciara la ejecución, para que de esta manera, y como se estilaba en la época, el castigo sirviera de ejemplo para los delincuentes.

De todas maneras, de acuerdo al testimonio de un anónimo viajero inglés (presumiblemente Thomas Love, fundador del periódico *British Packet*), las calles de Buenos Aires por esos tiempos eran bastante seguras y no se reportaba gran cantidad de casos de robos, comparados con los de los países más avanzados de entonces. Y la primera ejecución por delitos de índole económica de que se tenga memoria se produjo recién en 1825, y el condenado fue Marcelo Valdivia, un joven falsificador reincidente.

Cuenta Wilde que Valdivia fue sentenciado la primera vez en julio de 1824, y que en esa oportunidad lo sentaron durante cuatro horas en la plaza con los billetes que había falsificado colgados de su pecho. El fatal error de Valdivia - que debería de haber cumplido una pena de ocho años de prisión- fue querer falsificar una orden de liberación a su nombre. El inconveniente del país -destaca sin embargo el anónimo inglés- es que aún entre las clases inferiores, basta la rencilla más leve para que salgan los cuchillos a relucir. Lo que en Inglaterra terminaría con ojos amoratados y narices sangrientas, termina aquí con un homicidio. Señala el escritor que las sanciones, a pesar de la amenaza de muerte y el escarnio público, son tardías y que la posibilidad de que el criminal quede pronto en libertad para vengar sus días de cárcel *hace que la gente guarde silencio*. El supuesto Thomas Love relata que los cadáveres de las víctimas de estas pendencias eran expuestos en la plaza para que los reconocieran sus familiares o amigos. Había un platillo al lado, destinado a recolectar fondos para el entierro. El inglés se extiende un poco más acerca de la delincuencia en la Buenos Aires de la primera década del siglo pasado y resalta la inocencia de los ladrones comunes, a los que compara con cacos británicos de segunda categoría.

Una de sus operaciones consiste en enganchar trajes, ropa blanca u otros objetos de las habitaciones por medio de un palo largo que termina en un gancho a través de una ventana, cuenta el escritor inglés. Wilde, más preciso, dice que era una vulgar caña con un anzuelo adecuado en su extremo. Por eso, en las casas se recomendaba que de noche se dejaran todas las ventanas cerradas, porque ni siquiera los barrotes podían impedir el hurto. “Unos amigos míos que residían en el Hotel Americano -dice el presunto periodista británico- fueron burlados una noche por estos caballeros. Aún cuando eran tres en el cuarto, no descubrieron la falta hasta la mañana, al echar de menos sacos, pantalones, etc. Un escritorio había sido arrastrado hasta la ventana y los objetos valiosos extraídos; se veían papeles esparcidos por la

¹ Tomado de: *La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires, 1800-1860*, Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, Buenos Aires, Eudeba, 1999 (2º edic. 2001)



calle y el cuarto. La comprobación del robo por la mañana y los juramentos de mis amigos contra los ladrones eran de reír. Otro amigo despertó al amanecer y observó que su chaleco bailaba en el medio del cuarto, colgado de un palo, y que el brazo de un hombre lo sostenía a través de los barrotes de la ventana. Mi amigo tenía una espada y hubiera podido cortar el brazo del ladrón, pero la caridad le llevó a dar un grito de alarma; palo y chaleco cayeron entonces y el ratero huyó.”

Como se ve, nada nuevo hay bajo el sol de las calles porteñas.